

se merece el pecador. Por esto en sus dichos y hechos aventura mas allá de lo que debiera, la madurez no lo aprueba, ni los dictámenes de la razon lo justifican, y de allí muchas críticas contra la Iglesia, contra sus ministros y contra Dios mismo. Su celo es mayor que su perseverancia, y no pocas veces con mucho trabajo puede concluir lo que comenzó con mucho amor. Su celo para su propia perfeccion es igualmente excesivo, una caída que debiera humillarlo y hacerlo mas sólido en la virtud, exclamando con David: *Bonum mihi quia humiliasti me*, lo llena de zozobra, lo affige extraordinariamente, le arrebató por muchos dias la paz, y tal vez exclama con Caín: *Major est iniquitas mea*. Destruye su salud con la penitencia, y despues se ve acometido de una grave ansiedad de alcanzarla. Así somos miserables.

Quinto. *El escrúpulo, que es la enfermedad de las almas buenas, es por ventura su última miseria.*—Solo diremos que sus males son tan grandes como reales, porque el escrúpulo remuerde la conciencia, resfria el fervor, hace inútil para el trabajo, acaba con la salud, reseca el cerebro, ataca al juicio, y martiriza á penitentes y confesores. El escrupuloso, atado servilmente á su juicio, teme donde no hay razon para temer, su secreto orgullo le hace creer que hay pecado donde no lo hay, sigue su propia opinion y sufre un verdadero martirio. Ser escrupuloso es un mal, pero un mal que parte de

un exceso de bien, de un exceso de temor. Feliz el obediente, porque con la obediencia cantará victoria. He aquí los principales defectos de los hijos de Maria fervorosos; ellos tienen sus inconvenientes, é impiden en circunstancias dadas mucho bien; pero al mismo tiempo son el consuelo de los directores, porque ven en aquellos jóvenes otros santos sacerdotes santos si ellos son fieles en la observancia de los medios que vamos á dar.

3.º MEDIOS PARA HACERSE SANTO.

El primer medio de un hijo fervoroso es querer ser mas santo. El conoce que puede serlo; conoce que debe serlo, y conoce que está obligado á ello en fuerza de las palabras de san Juan: *Qui sanctus est, sanctificetur et adhuc*, y aun lo conoce prácticamente porque oye en sí mismo la divina voz que se le hace sentir en el centro de su piadoso corazón. El segundo medio es, pedir la gracia de aplicar los medios á este fin, es á saber: la oracion, el exámen de conciencia, las jaculatorias, las oraciones de sus condiscipulos, la ferviente súplica de despues de la comunión y demas actos de piedad. Esta gracia no debe pedirse de un modo general, sino que conviene particularizar la súplica proponiéndose ser como san Ignacio de Loyola, san Francisco Javier, san Luis Gonzaga, san Vicente de Paul, y el venerable Perboyre: entonces

debes decir como ellos: vendrá un día en que se me dirá, *vos estis lux mundi*: debo, por tanto, quitar de mí las tinieblas de los defectos que aun me siguen. Vendrá un tiempo en que se me habrá dicho: *vos estis sal terræ*, debo, pues, reformarme en el juicio ó imaginacion que me ocasiona muchas faltas por mis imprudentes terquedades y aun desobediencias que salen de mis escrúpulos; pero escrúpulos que con una poca mas de humildad, me veria pronto libre de ellos. El tercer medio es la direccion. Aunque en el Clerical todos gozan del beneficio de la direccion espitual, pero hemos de advertir que los hijos de María fervorosos la necesitan mas que los otros, y que la carencia de ella puede serles sumamente peligrosa, porque sin direccion no tetrán sujecion, no hay obediencia, hay propia voluntad, hay orgullo; y el hijo de María fervoroso, de su propia voluntad orgullosa á la perdicion no tiene mas que un paso. Lo decimos llorando con lágrimas de sangre, que hemos visto la pérdida de un tal hijo; lo vimos fervoroso, lo vimos escrupuloso, lo vimos desobediente por su propia voluntad orgullosa, y lo vimos despues perdido. Las lágrimas de inmenso dolor aun ruedan por nuestras mejillas, porque conocimos á ese hijo, conocimos su vocacion, comimos con él, pero la falta de obediencia y el quererse dirigir por sí mismo le ocasionó la mas desastrosa relajacion... el desgraciado se perdió. El cuarto medio lo encontrará el

fervoroso hijo de María en sus conversaciones con sus condiscipulos sobre la necesidad de ser sacerdotes santos, sobre la importancia de ejercer bien el ministerio, los grandes bienes que él reporta á los fieles, la singular gloria que Dios recibe de él, y cuánto conviene enmendarse ahora para ser despues un sacerdote santo. Si por desgracia ha llegado á su noticia que algun sacerdote no obra como debe obrar, conviene decir inmediatamente: Así es tal padre, porque así fué en el seminario. Y si no fué así, sino que en el seminario tuvo sus dias de fervor, decir: tambien los tuvo Lutero y se perdió por su soberbia; por esto desde ahora voy á practicar la santa humildad. El último medio es hablar de los santos, exponer sus virtudes, sus mortificaciones, su piedad, su oracion, sus extraordinarias conversiones y decirse: *Quare non potero quod isti!* Y diciendo y haciendo, dirigidos por el director reducir á la práctica sus virtudes, principalmente las del venerable Perboyre cuya vida vamos á ver.

El venerable Perboyre, sacerdote de la Congregacion de la Mision, fué desde su juventud un santo. Despues de sus primeros años comenzó á brillar su inocencia mas que nunca, y es necesario confesar que puede asegurarse de él, que conservó en todo su brillo el bellissimo ropaje de la inocencia bautismal.

Siendo alumno de uno de los Clericales de Francia se portó en un todo con tanta edifica-

cion, su modestia era tan notoria y atractiva, su presencia de Dios con tanto recogimiento, y brillaba en su rostro un no sé qué de tanta inocencia y bondad, que era llamado el *pequeño Jesus*: dictado que conservó en toda su vida, porque su virtud jamas se desmintió.

La santísima Virgen no podia menos que premiar la fiel correspondencia de su virtud, llamándolo á la Congregacion, en cuyo noviciado era siempre el primero en los actos de piedad, y en la práctica de toda virtud. Hechos los santos votos, fué llamado para recibir los sagrados ordenes, recibéndolos todos con mayor fervor y con las mejores disposiciones. Todos los dias crecia en virtud y perfeccion, y se veia en él mas espíritu, mayor sencillez, una humildad mas profunda, una mansedumbre mas bondadosa, una mortificacion mas extensa y celo de las almas mas ardoroso.

Él fué ocupado en casi todos los empleos de la Compañía, y en todo fué un modelo de observancia, un modelo de amor á Jesus y de correspondencia á María, su tiernísima Madre. En esa época se le acabó de manifestar su vocacion para las misiones extranjeras, partió á la China, por la obediencia. Bien podemos decir que todo fué en él santo y perfecto, y que María, para honrar á un hijo que tanto lo amaba, le concedió la gracia extraordinaria del martirio. Entonces, de un modo especial tuvo una grande semejanza entre su martirio y la pasion del Sal-

vador, sin exceptuar que como este fué vendido por Judas, así nuestro mártir fué vendido por el catequista, á quien los mandarines entregaron treinta monedas. Recibió la corona del martirio hermoseando extraordinariamente su pureza virginal, y algunos milagros que ha hecho, así como su mártirio y su santa vida, hicieron que se pudiese establecer en Roma con toda formalidad la causa de su beatificacion. Acudamos á Dios para que con la intercesion del venerable Perboyre, nos conceda la gracia de ser modelos de edificacion para nuestros compañeros.

¡Oh María mi tierna madre! á vuestras sacrosantas plantas teneis un fervoroso hijo vuestro que quiere ser santo. ¡Madre mia! os dice, yo quiero ser santo, si, yo quiero ser santo, vos misma quereis que yo sea santo, por esto me distinguísteis con tanto beneficio, introduciéndome en el Clerical, y siendo vos mi tierna madre me disteis á vuestro virginal esposo para que fuese mi padre, y á mi dulce Jesus para que mi alma ferviente se desposara con él. ¡Madre mia! mostrad ahora mismo que sois mi madre, mostrádmelo de modo que me aproveche de vuestra gracia, y que me aproveche de modo que trabaje con todo empeño por quitar de mí esa imaginacion ardiente, ese carácter ligero y atrevido, esa singularidad chocante, esas imprudencias dañosas, esos escrúpulos soberbios y orgullosos y tantas otras faltas.... Madre, mi tierna madre,

sed vos mi directora, habládme por medio del director de mi alma, así lo espero, y así os protesto obedecerlo como á vos misma. Amen, Jesus.

CAPÍTULO V.

LA VIRGINIDAD EXHORTADA POR SAN JUAN.

Primero. *El porqué de este capítulo.*—El porqué de este capítulo es tan sencillo, que lo consideramos como una parte del capítulo cuarto, y si bien es cierto que hablamos para todos los hijos de María, lo es igualmente que nos dirigimos de un modo especial á los fervorosos, á quienes vamos á decir cuatro palabras sobre su virtud querida, la santa virginidad. Seria muy fácil para nosotros sembrar el contenido de este capítulo, y aun fabricarlo todo, de trozos admirables de los padres de la Iglesia que han tratado acertadamente tan divina virtud, y entonces figurarian en él Tertuliano, Cipriano y Jerónimo; Agustin, Juan Crisóstomo y Gregorio, y sobre todo Ambrosio, que hablaba tan elocuentemente sobre la virginidad, que merece ser llamado su doctor y su apóstol. Mas no solo nos seria muy fácil, sino que nos fuera muy agradable y en gran manera gustoso, pues en este caso no haríamos otra cosa que desarrollar algunos de los pensamientos de tan sabios autores que recogimos en los primeros años de nuestro sacerdocio. ¡Oh felices años! ¡Oh años muy felices!

Prescindamos empero de este plan, para adoptar otro que nos parece mas acertado, pues dejando nosotros de hablar á los hijos de María les hablará Juan, el virgen Juan, haciéndoles una exhortacion muy animada y sostenida sobre la santa virginidad. Para esto declararemos algunos trozos del Apocalipsis, que por antonomasia se llama el Libro de los Misterios, y veremos á Juan presentándonos la virginidad divina y la humana, la restauracion del estado virginal, el inmaculado Cordero proclamándolo, las fiestas del cielo despues de haberla establecido, el número de los pasados vírgenes, así como de los vírgenes cristianos; pero sobre todo veremos la mas bella descripcion de Jesus como esposo virginal, un elogio de los vírgenes y su premio, sus batallas convertidas en victorias, y veremos mejor todavía el cielo, el cielo de los vírgenes y las virginales bodas con Jesus; mas si á alguno le pareciere que nos hemos alargado mucho en este capítulo, le contestaremos que se acuerde que nos dirigimos á los hijos de María fervorosos. Con todo, seremos cortos, muy cortos.

Segundo. *La virginidad divina y humana.*—La Santisima Trinidad, ved ahí el primer virgen Dios Padre engendra virginalmente á su Hijo desde toda la eternidad; Dios Padre y Dios Hijo producen virginalmente al Espíritu Santo desde toda la eternidad; y Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo son el amor virginal desde toda la eternidad: tal es la virgini-